

dera de la cruz del Salvador. Impregnóse de aromas el sepulcro. Delante del asiento, sobre reluciente bandeja, fueron puestos el cetro de oro, dominador del vasto imperio occidental, y el aureo escudo bendito por el papa León.

Sobre la tumba cerrada y sellada, levantóse un monumento fúnebre, coronado con la imagen del soberano y señalado con esta inscripción :

“Bajo esta tumba yace el cuerpo de Carlos, grande y ortodoxo emperador, que engrandeció gloriosamente el reino de los Francos, y lo gobernó felizmente durante cuarenta y siete años. Nadie podrá decir cuántas quejas y cuánto duelo hubo á causa de él en toda la tierra; aun los paganos mismos le lloraron como al padre del mundo.”

Las palabras de Carlomagno fueron así cumplidas al pie de la letra; pues desde la muerte de Adalinda, vivió el gran rey en Aix, allí murió y sus cenizas fueron depositadas en el mismo lugar donde había sido inhumado el cuerpo de aquella mujer adorada.

## EL ARPA.

---



I

**A**GABAN perdidas las miradas de la princesa Olga por el lejano horizonte, donde la curva turquí obscura del Mediterráneo se confundía esfumada con el azul del cielo. A través de los cristales de su aposento, mirábase más indecisas y misteriosas las serenas inmensidades del mar y del cielo, y aun el espíritu menos soñador—cuanto más el de la princesa, naturalmente contemplativo y romántico—hubiérase quedado absorto ante espectáculo tan hermoso é ideal. El sol meridiano vertía luz radiosa sobre aquel cuadro llenándole de fuertes tonos, espléndidos cambiantes, irisados reflejos y aureolas luminosas, como si quisiera proclamar que la risueña Parthénope es ahora, como en tiempo de la

Magna Grecia, su ciudad predilecta, teatro de sus esplendores y objeto de sus férvidas caricias. El hemicielo de la costa parecía ceñir las aguas con abrazo amoroso; levantábase á lo lejos el Vesubio, sacudiendo al viento su penacho de humo, como un inmenso incensario encendido en honor del Altísimo; risueñas islas manchaban acá y allá el limpio espejo de las aguas; y las olas de zafir, corriendo hacia la playa, semejaban rebaño de ovejas alborozadas en anchísima llanura.

A la vista de aquel cuadro, sumiase Olga en éxtasis á cada momento más profundo, dejando escapar á las veces de su pecho hondos suspiros, que traducían el sabroso ensimismamiento y los goces latentes de su ánimo. Era la princesa rusa de nacimiento, y había venido á Nápoles en busca de luz y alegría, que no hallaba en las orillas del Neva, donde se alza San Petersburgo como soberbia fortaleza erigida en sitio estratégico, y no cual nido de amores y venturas, como las ciudades meridionales. Oculto afán angustiábala el pecho desde que llegó á la adolescencia; deseo vago de un objeto indeciso que no sabía donde buscarle, si

bien entre el bullicio del mundo y á través de los rientes esplendores de la civilización y de la vida, ó bien en la soledad misteriosa, donde no hay ruido que turbe el recogimiento del espíritu, y puede desplegar las alas con mayor libertad el pensamiento: presentimiento arcano de un suceso indefinible, que no sabía ni adivinaba si habría de quedar en la categoría de un ensueño, de un delirio vano, de una alucinación sin substancia, ó si habría de corresponder alguna vez á un hecho práctico, que trajera y mandara delante de sí, á manera de batidores regios, esperanzas espléndidas, ilusiones risueñas y sabrosísimas y recónditas emociones.

Frisaba en los veinte años la princesa, y era blanca y pálida como todas las soñadoras. Sus negros y rasgados ojos parecían un tanto apagados, como si dirigiesen sus miradas hacia adentro, como si sus rayos fuesen absorbidos por horizontes internos á cuya contemplación consagrasen toda su fuerza visual. En su frente limpia y tersa dibujábase grabada una preocupación constante; y su pequeña boca, que se entreabría para aspirar con ansiedad los soplos del am-

biente, parecía contraída por un sentimiento de angustia ó de impaciencia perpetuas.

Bella era la joven por su abundante y negra cabellera, tan obscura como el ala del cuervo; por su diáfana tez alabastrina, á través de la que parecía dibujarse el incessante curso de la sangre nacarada; por su gallardo cuerpo, que hubiera inspirado á Grecia una nueva estatua; por su andar rítmico y ondulado como el de las bayaderas de los templos índicos; por su voz dulce y acordada, cual suave cántico que penetra el corazón, enciende la fantasía y suelta el ala á las ilusiones y á los suspiros. Pero más bella era todavía por las transparencias de su alma, que irradiaba con luz purísima y misteriosa á través de la divina hermosura de su cuerpo. Había cielos ilimitados en su mirada, ternura inefable en su sonrisa, inflexiones dulcísimas en su acento de ruiseñor; y todos estos encantos y perfecciones sentíanse venir de muy adentro, de más allá de los focos nerviosos y virtudes recónditas del organismo; de un centro incógnito de pureza y dulzura, de bondad y armonía, que era el verdadero ser de Olga, que se disfrazaba bajo formas tan acabadas, y que se

hacía adorar de hinojos, por cuantos nobles corazones la cercaban.

Sumida en su arrebatamiento, había echado de ver apenas los ardientes homenajes de que era objeto. Había visto á sus plantas nobles y plebeyos, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, que le pedían una mirada con voces suplicantes y enclavijadas manos; y apenas había reparado en aquella turba de adoradores, como si fuese mera espectadora de sus propios triunfos. Ni su vanidad de mujer tan susceptible entre las bellas, ni menos aún su corazón, habíanse sentido conmovidos por aquellas victorias. Ni una sonrisa de satisfacción había arrancado á sus labios esa turba de esclavos que besaba sus huellas, ni una sola emoción habían despertado en su pecho tantos y tan ardientes ruegos; parecía insensible, parecía belleza escultural modelada en blanco y frío mármol; hubiérase dicho que carecía de entrañas, y que había venido á este mundo á sembrar la desesperación con sus encantos, como azote hermosísimo esgrimido contra los hombres por la mano de un dios colérico. Nadie sabía que en el fondo de aquella alma recogida y muda, latía un ideal

escondido, al cual se tributaba diario y constante culto de pensamientos y deseos, de ilusiones y esperanzas; todos ignoraban que había en aquella diosa un corazón, y en aquel corazón el germen de una hoguera que solo esperaba para encenderse, el contacto de otra alma simpática, el eco de una voz soñada que hiciese vibrar la fibra ardiente y deliciosa del amor.

Y así pasaban las horas, y los años, sin que se presentase el mensajero ideal, sin que bajase de la bóveda radiosa el ángel que plegando las alas y apartando de la faz hermosísima la lengua cabellera, murmurase con voz melodiosa:

—¡ Soy yo! ¡ conóceme!

## II

Vibró de pronto un acento dulcísimo que hizo estremecer á la princesa, y la sacó de los limbos donde se hallaba sumergida. Era la voz de un arpa que sonaba en la calle; pero con tal arte tañida, que antojábase sobrehumana, como desconocido instrumento construido y registrado por la mano de un artista divino.

—¡ Hola!—dijo Olga irguiendo el opulento talle.—¿ Quién tañe el arpa?

—Un músico ambulante—contestó la camarera.

—Llámale, quiero oírle. Dile que sabré recompensarle liberalmente.

No tardó en aparecer el artista. Era un adolescente, vestido á la usanza del pueblo napolitano: con calzón obseuro, medias blancas atadas por espirales de cintas rojas, burdo calzado, chaleco negro y camisa abierta por el cuello hasta la base de la garganta. De estatura mediana, moreno, esbelto al par que robusto, con el color de la salud pintado en las mejillas, ojos grandes y negros sombreados por largas pestañas, boca sonriente, naciente bozo y profusísima y rizada cabellera; era un joven hermoso, de esos que sólo nacen en las playas mediterráneas, á la sombra de los limoneros de Sorrento ó al amor de las auras paganas que agitan las olas del golfo de Bayas y repiten los cánticos antiguos de Puteolos.

Llevaba á cuestas el arpa, como los trovadores su laúd en la Edad Media. Saludó cortesmente y puso en tierra el instrumento

Era el arpa grande y hermosa, y tan al-

ta, que puesto en pie su dueño, llegábale hasta el cuello. Desde aquella elevación descendía en forma graciosa, dejando en su triángulo interno espacio amplio para un tupido y variado cordaje, que comenzando en fibras fuertes y gruesas, terminaba en filamentos sonoros de extremada finura y sutileza. Ostentábase cuidadosamente dorada por su parte externa, como si fuese de oro purísimo, y los rayos de la luz, quebrándose en sus aristas, lanzaban en derredor reflejos metálicos, como si tuviese luces interiores. Figuraba la caja, graciosa concha marina, y la columna que servía de sostén á la hipotenusa del triángulo, era esbelta y elegante, y remataba en gracioso capitel corintio de labores bellísimas. Era una verdadera obra de arte, y aun sin producir sonido alguno, habría podido servir como preciado ornamento hasta en una sala regia.

No perdió la princesa detalle alguno de los descritos, y aun percibió otros que omitimos por no pecar de prolijos; pareciéndole, á través de las alucinaciones de su mente, que aquella arpa era sobrenatural, y que jamás se había visto otra que la igualase. Cegábanla los reflejos que partían de su

superficie, figurándosele misteriosos resplandores, y hasta llegó á antojársele que todo el cuadro que tenía delante, arpa y arpista, hallábase encerrado en cerco luminoso.

Sacudió el músico la negra cabellera para apartar los rizos que caían sobre su frente, extendió las manos con ademán casi sagrado, y comenzó á preludiar una extraña armonía. Mostraba en tanto en el rostro la grave y seria expresión propia de un acto solemne, y elevábase al espacio su mirada absorta, como si leyese en el éter las notas que arrancaba á su instrumento. Había sonidos inesperados en aquella caja deslumbradora. Lanzaban las cuerdas mayores, al ser heridas por las manos del arpista, roncadas y poderosas vibraciones, que casi infundían pavor; en tanto que las menores producían notas brillantes y argentinas, que despertaban en el corazón afectos plácidos y risueños. Era extensísimo el registro de aquel cordaje; parecían caber dentro de él todos los tonos y todas las gamas que puede percibir el oído del hombre, y aun pensó la princesa que algunos de los sonidos que escuchaba, jamás los había percibido, ni en instrumen-

to músico, ni en canto humano, ni en gorgo de ave canora.

Recorrió el joven varias veces la amplia extensión cromática de su arpa, desde los tonos más graves hasta los más agudos, como si quisiese preparar el corazón de la princesa á emociones intensas, hiriéndola por vía de prólogo, todas las fibras del pecho. Después de estas violentas sacudidas semejantes á golpes eléctricos, dió principio á la ejecución, tañendo con vibraciones sostenidas las cuerdas graves, y entremezclando con sus acordes, una vez ú otra, algunos regocijados arpegios; á manera de blanda cítara tañida en noche tempestuosa, ó de alegres esperanzas rompiendo, como rayos de sol, la tristeza de un alma atribulada.

Escuchaba Olga con religioso recogimiento aquella música, que resonaba en sus oídos, ora como súplica, ora como llanto, ora como cántico triunfal; y que parecía remedar lucha llena de vicisitudes, riesgos y sollozos, como es la vida humana, y como lo son especialmente algunas vidas, que traen á este mundo la misión de las infinitas batallas. ¿No era este el porvenir que la estaba reservado? Saldría de los limbos de su espec-

tación para entrar en las lides de la existencia, donde sostendría porfiadas contiendas con suerte varia y recibiendo no pocas ni leves heridas. ¿Y el resultado de tan grandes borrascas y de penas tan hondas? Díjolo también el arpa cayendo en una especie de profundidad afónica, donde parecían dilatarse espesísimas sombras, que se condensaban en notas bajas, sostenidas y sordas. Escuchábanse aquellos tañidos lúgubres, como si viniesen de lejos; remedaban viento de tumbas rozando las cuerdas del instrumento. Súbito, destruyendo aquella languidez, rompieron nuevamente las notas en torrentes de júbilo, como el hosanna de un espíritu que se elevara cantando por los aires, rodeado de esplendores y entonando himnos victoriosos.

Fascinada la princesa, perdió la conciencia de la realidad y entró en el mundo del ensueño, de un ensueño dulce y sutil, que se apoderó de sus potencias, como embriaguez de elixir oriental, criador de visiones deslumbrantes y deleitosas historias. Había en el fondo de su cerebro un resorte arcano que, una vez puesto en vibración, abría la puerta á un mundo misterioso de

fantasmas que vivían en su mente con vida ignorada, y que formaban el horizonte interno donde moraban sus pensamientos. Nunca había vibrado en su interior aquel impulso, ni se había sentido transportada tan plenamente al mundo de sus ensueños, como en aquellos instantes en que, absorta en sus imaginaciones íntimas, solo miraba los cuadros de sus éxtasis.

Así fué como le pareció aquel músico un ser extraordinario; y cómo, á través de las ondas sonoras, miraba destacarse la figura del mancebo, cual la de un enviado celeste. En la luz de su grandes ojos sentía que se abrasaba, como mariposa enamorada de la llama; y miraba los rayos del sol reflejarse en aquella frente, como una aureola sobrenatural. Momento hubo en que, fuera de sí, tendiese las manos al artista, como si hubiese querido estrecharle contra el pecho, mientras este la miraba con ojos que la fascinaban, y que parecían hacerla confidencias.

—Conóceme—semejaba decirle—yo soy el que esperabas. Mi espíritu es el compañero del tuyo, el que creó Dios para que te amara y fuera amado por tí. Estoy disfrazado

bajo la apariencia de un desvalido; pero soy el que viene á cumplir tus anhelos, á decirte la palabra del enigma, á darte la plenitud del goce y de la felicidad de la tierra. En mis ojos, en el lenguaje de mi alma que traducen los tañidos de mi arpa, me reconoces. Ya me sonríes, ya me amas, ya me tiendes los brazos.....

Y en efecto, la princesa parecía llamarle á sí con el anhelo de la mirada, con el gesto, con la sonrisa. Y sin saber lo que se hacía, murmuró en voz alta:

—¡Oh! ¡te esperaba!.....

El eco de su propio acento hízola volver á la realidad.

—Ha sido un sueño—dijo pasándose la mano por la frente—estoy loca.

—Y luego prosiguió en voz alta:

—¿Cómo te llamas?

—David, contestó el bohemio con voz de un timbre especial, que hizo estremecer á la princesa.

—Tañes el arpa con primor. Ven todos los días á alegrar mis tristezas.

—Así lo haré, poderosa señora.

—Toma—prosiguió la joven ofreciendo una moneda de oro al arpista.



—Señora—repuso el joven con gravedad, sin tocar la moneda—las notas de mi arpa no han sido inspiradas por el interés, sino por vuestra belleza.

Y echándose el arpa á la espalda salió del aposento.

### III

Tornó David al siguiente día á tañer su instrumento al pie de los balcones de la noble señora, y palpitábale el pecho y temblábale la mano al herir las cuerdas, recordando la bellísima faz, la deliciosa sonrisa y el dulce mirar de la princesa.

Mas en vano les arrancó torrentes de armonía; en vano hablaron las cuerdas el lenguaje de la súplica, del amor, de la tristeza. Permanecieron cerrados los cristales; no apareció la mano blanca que los entreabriese para dar libre acceso á las notas ó para llamarle. Cansado de esperar echóse áuestas el instrumento, y alejóse de la *estrada*.

Pero volvió el día inmediato, y el otro, y todos los días á tañer el arpa en aquél sitio, dando mil quejas al viento, rogando

con pasión y con lágrimas, y haciendo prodigios de arte que obligaban á los transeuntes á suspender su curso para oírle. Empero los balcones nunca se abrieron; y creyó al fin David, después de varios días de inútil espera, que la bellísima dama, superficial y veleidosa, había aplaudido su música sólo por fantasía y capricho de gran señora, pero sin sentirla ni comprenderla, como él había llegado á formarse la ilusión de que la había sentido y comprendido.

Mas no era así con todo. Pasado el raptó extático, y libre ya de la alucinación producida por los mágicos acordes del bohemio, pensó Olga friamente en lo que había pasado, y le pareció extravagante. Era soñadora, pero pertenecía á la clase nobiliaria, y tenía las preocupaciones de raza y de familia que le habían sido imbuidas desde la cuna. Así que se propuso cortar el mal de raíz, no volviendo á llamar á su presencia á aquel joven obscuro. Aunque escuchaba diariamente las notas del arpa, y hasta miraba al tañedor por detrás de los visillos, no daba señales de enterarse de la música. Y siguió arrastrando la vida y esperando el advenimiento de quién sabe qué ser misterioso y presentido.